

# El Profesional



Para George Hicks



Allí el metro circula elevado. Hay algo raro en ello, pese a que en el Bronx el metro tiene largos tramos donde sale de debajo de la tierra y discurre muy por encima de la calle, como el de Chicago. Supongo que algún día lo meterán también bajo tierra, y será una pena porque desde lo alto, tal como está ahora, se ve gran parte de Nueva York.

Quiero decir que, nada menos que tres o cuatro días después de que haya llovido, se ven a menudo en los tejados planos y alquitranados charcos de agua brillantes donde se refleja el cielo. Los días ventosos se ven los ventiladores metálicos grises, unos dando vueltas y otros, con unas aspas que más parecen melenas, haciendo chasquear los cabezales con cada ráfaga, sensibles y nerviosos, como a veces se ve a un purasangre entrar en el cajón tratando de aflojarse el bocado del chico que lo monta, que primero trata de calmarlo y después parecería que lo maldice, si pudiéramos oírlo.

Se pueden ver también macetas en las escaleras de incendios. La mayoría tienen geranios, pero de vez en cuando se puede ver incluso un rosal y siempre, aun mucho tiempo después de que debieran haber desaparecido, se ven las hojas amarillas y alargadas de los narcisos, y las láminas sonrosadas todavía en torno a los tiestos.

—¿Y por qué no se lo dices? —preguntaba una mujer.

Había un asiento vacío entre los dos y yo estaba vuelto hacia ella para poder mirar por la ventanilla. Estaba sentada junto a otra mujer, tendrían casi cuarenta años y parecía bastante evidente que el abrigo y los complementos que llevaban eran nuevos y habían sido

escogidos con exceso de meticulosidad y un gusto insuficiente. Habría apostado que iban de compras y, después, al cine.

—¿Decírselo? —respondió la otra—. Decirle, ¿qué?

Cuando me bajé en la estación y cargué con la bolsa por el largo tramo de escalones había un taxi aparcado bajo la estructura, justo a la vuelta de la esquina. El taxista leía un periódico doblado y apoyado sobre el volante. Abrí la puerta trasera, metí la bolsa, entré y cerré la puerta.

Estaba leyendo *The Daily Mirror*. Lo tenía doblado por esa columna que llevaba por título «Simplemente humano», firmada por un tipo llamado Sidney Fields, y me dio tiempo a ver que en la cabecera había un dibujo a dos columnas de un taxista, al que se veía sonriendo por encima del codo apoyado en la ventanilla.

—¿Dónde vamos? —dijo por fin el conductor mientras dejaba el periódico en el asiento contiguo.

Cuando se lo dije, arrancó el motor y, entonces, bajó la bandera y, casi de una vez, metió la marcha e hizo el giro correspondiente en la esquina. Tuve que apoyarme en el asiento con la mano izquierda abierta, pero mi equipaje cayó al suelo.

—Perdón —dijo el taxista.

—No pasa nada —repliqué.

—Este tipo saca una historia de un taxista en el *Mirror* —dijo.

—¿Cómo?

—Si quiere una historia de taxis, yo le mandaré una. Bueno, podría contarle infinidad de historias.

—Seguro —le dije.

Íbamos por una avenida ancha y sombría. Eran solo las nueve y media de una mañana gris, con los signos del comienzo de la primavera en la humedad de los desperdicios de las alcantarillas y surcos de barro marcados en las plataformas de cemento manchadas de aceite de las gasolineras y en los talleres donde se

hacen soldaduras y reparaciones de chapa. Al cabo de un par de manzanas, los talleres y los aparcamientos de coches de segunda mano dieron paso a viejas casas de madera, todas con sus porches altos y cuadrados en la entrada, de vez en cuando con alguno cerrado con pequeños paneles de cristal.

Al cabo de unos dos kilómetros por la avenida giramos a la derecha, luego de nuevo a la izquierda y otra vez a la derecha. Empezamos a bajar por una calle de adosados de ladrillo, pareadas de tal forma que cada dos parecían una sola, si no fuera por los dos accesos pavimentados que llevaban a cada una de las entradas independientes.

—¿Sabe cuál es la casa? —dijo el taxista.

—No, no lo sé.

La calle estaba llena de baches donde se había desprendido el asfalto y ahora los agujeros tenían agua fangosa. Despacio, el taxista intentaba sortear los hoyos y, luego, se dedicó a encajarlos lo mejor que pudo.

—Tiene que estar en la siguiente manzana —dijo—, pero estas son casas buenas. Las levantaron hace unos treinta años. Se construía bien en aquel entonces. Quien tiene una de estas tiene algo, un hogar agradable para él y su familia.

Las casas no eran de ladrillo bueno de verdad, y hacía algún tiempo que la cal se había desprendido de la mezcla dejando regueros blancos. Entre cada par de casas había el sitio justo para que pasara un coche y delante de cada una había un terrenito de unos treinta metros cuadrados. Las parcelas ofrecían la única muestra de individualidad. Algunas estaban rodeadas de setos bajos y otras solo tenían césped con uno o dos matorrales delante de la casa. Una de ellas estaba recubierta de cemento, de tal modo que formaba un todo con la acera, el camino y el acceso para el coche, salvo que la superficie de la parcela estaba pintada de verde claro.

—En estas casas viven tipos a los que les va bien —dijo el taxista.

—Pero nunca deberían volver a casa bebidos —dije—. Jamás encontrarían su casa.

—Creerá que es un chiste —replicó el taxista—. Una noche recogí en el metro a un tipo borracho que vivía en una de estas manzanas. Dice que no se acuerda del número, pero que conoce su casa. Eran las tres de la madrugada y me dice que pare en una de estas y que no tiene ni un céntimo. Dice que me paga la parienta. Sube las escaleras y empieza a llamar al timbre. Sale una tipa y le da un portazo en las narices. Entonces, él se vuelve loco de repente. Empieza a golpear la puerta. Yo salgo y trato de apartarlo y él me arranca dos botones de la camisa. Luego, viene la policía. No es la casa de ese tipo. Averiguan que vive en la manzana siguiente.

»Así que lo llevan allí y yo los sigo. Bueno, al final su parienta tiene que pagarme la carrera. La policía dice que es legal, pero ella me mira como si yo fuera el que ha emborrachado a su marido y me deja sin propina.

—Eso quería decir —le dije.

—Eso es lo que *yo* quería decir —replicó el taxista.

Se había acercado a la acera y detenido el taxi.

—La gente habla siempre de lo bebidos que rulan los taxistas. Es aquí, a la izquierda.

—Quédese con el cambio —dije.

—Gracias —contestó—, pero si un tipo quiere de verdad escribir en el periódico un artículo sobre un taxista, que venga a verme.

Bueno, pensé, sin duda se había trabajado que yo le diera una buena propina, si es que era eso lo que pretendía. ¿O es que iba a soltar al borracho y pasar por todo el lío y la policía para cobrar solo la carrera? Eso sería propio de un auténtico bandido, pero en ese caso no habría dicho nada.

—¿Sí?

—¡Ah! —dije—. ¿La señora Brown?

Después de haber llamado al timbre había vuelto a pensar otra vez en aquel taxista y ahora ella estaba delante con la puerta entreabierta. Tenía una cara de esas redondas, incluso bonita, y unos ojos castaños con el blanco de alrededor muy blanco y el pelo castaño oscuro y recogido detrás con no sabría decir qué.

—¿Diga?

—Soy Frank Hughes —dije—. Eddie me dijo que podía verle a eso de las nueve y media.

Tendría casi treinta años. Llevaba una bata de guata estampada de flores blancas y rojas y unas pantuflas rojas, y las uñas pintadas del mismo rojo.

—¡Ah! —respondió—. Creo que me contó algo.

Lo dijo mientras tiraba de la puerta hacia atrás y me indicaba que entrara. Había un recibidor pequeño con una moqueta gris y una escalera enmoquetada que subía. La parte trasera del recibidor llevaba a una cocina. A la izquierda había un salón cuadrado bastante pequeño, con la misma moqueta que el recibidor y al que, cuando dejé el equipaje, me hizo pasar.

—Quizá quiera sentarse —dijo—. Eddie se acaba de levantar.

—Siento haberme adelantado.

—No importa.

Llevaba el pelo estirado hacia atrás con una de esas colas de caballo, sujeta con una cintita del mismo color rojo que la bata y las pantuflas. Sacó un cigarrillo de uno de los bolsillos de la bata y un mechero del otro antes de que yo pudiera sacar el mío. Luego, se sentó en el sofá y se ajustó la bata y yo me senté en frente, en una silla.

—Usted es el que va a escribir el artículo sobre Eddie.

No movía el rostro nunca. Yo sabía que tenía que abrirse un poco para decir algo así, pero no se movía jamás y ni siquiera me miraba a mí, ni a nada que hubiera detrás. Parecía como si ni

siquiera llegara con la mirada adonde yo estaba, como si estuviera contemplando una lámina de cristal que hubiera entre los dos.

—Sí, soy yo.

—¿Qué tipo de artículo va a escribir?

—Bueno, nunca lo sé. Será amable.

—Esperemos.

—Si es sobre Eddie tendrá que ser amable. Es un hombre agradable.

—Dijo antes de apretar el gatillo.

—No soy ningún pistolero.

—Esperemos.

Pensé que, pese a todo, era un rostro apacible. Ahora recorría con lentitud toda la habitación. El salón parecía bastante nuevo con esa moqueta gris, el mobiliario moderno y los pliegues perfectos de las cortinas, y con la madera y el techo de un blanco nítido y sin contrastes.

—Tienen una casa muy bonita. Es muy acogedora.

—Hago lo que puedo.

—Mire —dije—, si le tranquiliza, lo único que voy a hacer es pasar un mes en un campo de entrenamiento con Eddie y escribir un artículo sobre cómo un boxeador se prepara y se mete en un combate por un título.

—¿Y?

—Quiero decir que solo voy a ver a Eddie y a la gente que le rodea y a observar lo que hace y escuchar lo que dice. Quiero escribir un artículo con el que el lector comprenda, o pueda hacerse una idea, de qué es lo que tiene que hacer un boxeador.

—¿Cree que le importa eso a alguien?

—Lo único que sé es que hay un redactor jefe de una revista a quien sí le importa. Fue idea suya, no mía; aunque a mí me gusta.

—Hola —dijo Eddie.

Yo le había oído bajar las escaleras. Llevaba unos pantalones de franela gris perla y unos mocasines de cuero y una camisa de paño granate abotonada hasta el cuello. Siempre tenía buen gusto para la ropa y siempre le sentaba a la perfección. Lo digo así porque Eddie tenía un cuello, unos hombros y un torso poderosos y una cintura estrecha y unas caderas escuetas. Sin conocerlo se diría que era un deportista, y solo la leve rudeza de las cejas y una pequeña cicatriz sobre el puente de la nariz delataba que era un boxeador. Tenía el pelo castaño claro cortado al rape y los ojos azul claro, y cuando sonreía parecía hacerlo sinceramente.

—Veo que tú y Helen ya os habéis presentado —dijo después de que nos estrecháramos la mano.

—Sí —respondí.

—Siento llegar tarde.

—No hay ningún problema por mi parte.

—Pero te dije que estaría listo a las nueve y media.

—Mira, no voy a enzarzarme en un combate contigo por eso. Me pegarías una paliza.

—¿Qué te parece desayunar algo conmigo?

—No, gracias. Ya he comido.

—Tómame una taza de café mientras como algo. Helen nos hará café.

—Ya está hecho —dijo ella.

Había un pequeño rincón para desayunar junto a una ventana al final de la mesa, y desde allí se veía un garaje y un jardín cercado con una valla metálica. En el jardín había un cajón de arena y una mezccla de balancín y tobogán y un niño pequeño jugando en él. Llevaba unos vaqueros azules, unas botas de goma rojas y una chaqueta marrón con capucha y estaba de pie junto a la valla, tratando de meter un palo a través de uno de los huecos del alambre. Parecía tener unos cinco años.

—Supongo que es Eddie, hijo.

—Ese es —dijo Eddie.

—No da ningún tipo de problema...

—Sí —dijo Eddie levantando la vista de sus cereales cubiertos con un plátano en rodajas—. Esta mañana me ha despertado a las siete y media.

—A mí me despertó a las siete —dijo su esposa.

Estaba de pie junto a la cocina de gas. Encendió una llama bajo la cafetera y estaba cociendo un par de huevos sobre otra.

—Así que le eché fuera —dijo Eddie—. A las ocho ya había regresado. Volví a echarle. Cuando volvió a entrar le pegué un grito a Helen. Le dije: «Sácalo de aquí. Quiero dormir».

—Habías dormido mucho —dijo Helen.

—Quería dormir un poco más.

—Duermes lo suficiente.

Eddie entonces lo dejó pasar, pero yo pensé en ello. Lo más valioso que tiene es su cuerpo, pensé. Es una de las maravillas del mundo, ese cuerpo de un buen púgil. Pensemos en las cosas que debe hacer ese cuerpo cuando la mente se lo ordena; y como es capaz de hacer esas cosas compró esta casa y los muebles que contiene y la ropa que todos lleváis y la comida que coméis. Dentro de un mes este hombre se va a subir a un ring con ese cuerpo para enfrentarse a otro hombre. Se escribirá y se leerá mucho al respecto y habrá muchos miles de dólares en juego. La gente de todo este país lo verá en su casa y en los bares y, cuando haya terminado, leerán sobre el asunto y, si es un buen combate, pensarán y hablarán de él. Todo esto, pensaba yo, depende de su cuerpo, de manera que si ahora quiere mimarlo, que lo mime.

—¿Quiere leche y azúcar? —preguntó Eddie.

Yo no podía tragar a la tal Helen.

Tomamos la Bronx River Parkway y después seguimos hacia el norte cuando el sol empezaba a dorarse a través del gris y el día se volvía un poco más cálido. Eddie tenía un Chevrolet descapotable de color verde oscuro y dos años y lo conducía como si fuera su medio de vida.

—¿Has tenido un accidente alguna vez? —pregunté.

—¿Qué pasa? —respondió riéndose—. ¿Te pongo nervioso?

—Más bien lo contrario. Conduzco tanto que con la mayoría de la gente no puedo sentarme de copiloto sin hacer nada, pero nunca he conocido a un buen deportista que no fuera un buen conductor.

—Supongo que algunos tendrán accidentes.

—Claro. Art Houtteman, el lanzador de Cleveland, casi murió en un accidente en Florida cuando jugaba con los de Detroit. Primero pensaron que no sobreviviría y, luego, que no podría volver a lanzar; pero después de aquello viajé con él en medio de un tráfico muy denso en Detroit y me relajé. Quizá sea solo una idea mía, pero los buenos deportistas tienen unos reflejos tan magníficos que confío en ellos.

—Tuve un pequeño roce hace un par de años —dijo Eddie—. Un domingo, otro y yo nos arañamos las aletas. Helen y el niño venían conmigo, habíamos salido a dar una vuelta y el otro quiso hacer de aquello una cosa grave.

—¿Qué pasó?

—Bueno, quiso pegarme. Era uno de esos tipos grandes, pero fofo.

—¡Menuda risa! ¿Qué hiciste?

—Se lo quité de la cabeza.

—¿Se enteró de quién eras?

—Cuando le enseñé el carné de conducir. Lo cogió, me miró y dijo: «¿A qué te dedicas?». Yo le dije: «Al boxeo». Y él dijo: «¿Eres Eddie Brown, el boxeador?». Yo le dije: «Así es».

—Y luego, ¿qué pasó?

—Se tranquilizó.

—Algún día me gustaría ver a un boxeador ocuparse de uno de esos hijos de puta.

—No lo verás nunca.

—Seguramente no. La ley dice que los puños de un boxeador son armas letales.

—Además, ¿qué demostraría eso?

—Nada. Los demás tenemos que demostrar nuestra hombría o algo parecido plantando cara a algún tipo. Un boxeador jamás tiene esa necesidad porque se la quita de en medio en su trabajo. Esa es la razón por la que digo que, en igualdad de condiciones, los boxeadores son los hombres mejor adaptados del mundo.

—No sé. Has hablado de ese jugador de béisbol. ¡Ojalá yo hubiera sido jugador de béisbol!

—Ganas esto y serás campeón del mundo de los pesos medios.

—En el lugar del que soy, el West Side, no se podía jugar mucho a la pelota. Jugábamos al béisbol callejero, pero ¿de qué vale eso? Envidia a esos jugadores.

—Y Ted Williams admira a los boxeadores.

—No sé —dijo.

Eddie nos metió desde la Bronx River Parkway en la Taconic State. Allí atajó hasta el puente de Bear Mountain y subimos aquella carretera asfaltada estrecha y sinuosa, primero ascendiendo entre árboles y, después, saliendo por aquellas curvas que tienen

los gruesos muros bajos de piedra junto a la orilla izquierda de la carretera y donde las rocas se alzan verticales a la derecha y se ve el Hudson abajo del todo, a lo lejos, detrás de los muros.

—Esto está bien, ¿verdad? —dijo Eddie.

El sol se había ido comiendo la bruma y quizá había una visibilidad de cinco o seis kilómetros. Río abajo, donde se ensancha, un carguero avanzaba lentamente hacia Nueva York y, río arriba, donde se estrecha y se retuerce, se veían al otro lado del arco gris del puente las montañas, verdes y onduladas, en perfecta armonía con el río.

—Es una vista fabulosa —dije.

—Siempre me gusta —dijo Eddie.

—Si esto estuviera en algún lugar de Europa, los estadounidenses regresarían de allí poniéndolas por las nubes. No soy de los que dicen que antes que nada hay que ver Estados Unidos, pero aquí no nos fijamos en ellas y nadie las menciona nunca.

—Es verdad.

—Creo que si se aprobara una ley que dijera que todos los habitantes de las Highlands del Hudson deben hablar solo en alguna lengua extranjera, por ejemplo en alemán u holandés, y llevar solo trajes de indio, esta imagen sería la número uno del repertorio de postales.

—¿Has estado en Alemania?

—Solo durante la guerra, pero cuando se conquistó el puente del Rin en Remagen y por fin echamos un vistazo al río en aquel lugar me dije: «Esto son las Highlands del Hudson, entre Bear Mountain y West Point, pero como están aquí los escritores y los poetas las celebran desde hace siglos».

—Muchas veces me gustaría haber estado en la guerra, sobre todo cuando fueron algunos chicos mayores de mi barrio, pero yo solo tenía diecisiete años cuando acabó.

—Me lo figuraba.

—Mi viejo era de Alemania.

—Entonces, ¿no te apellidas Brown?

—No. Doc me lo cambió.

Doc Carroll era su mánager.

—¿Cuál era tu apellido?

—Braun. B, r, a, u, n. Igual que el jugador de baloncesto.

—¿Por qué te lo cambió Doc?

—Cuando me hice profesional acababa de terminar la guerra. Cuando Doc se hizo cargo de mí dijo que recordaba lo que pasó aquí con los alemanes en la Primera Guerra Mundial, así que lo cambió.

—¿Qué dijo tu viejo?

—En ese momento llevaba muerto ya casi cuatro años.

—¿Con qué se ganaba la vida?

—Era yesero.

—Es un oficio duro.

—Lo sé. Mi viejo no estaba bien y cuando yo tenía catorce o quince años trataba de ayudarlo los sábados y, a veces, los domingos y en vacaciones. Te subes a un andamio y enyesas un techo durante todo el día y tienes que ser fuerte. Todo consiste en sujetar la masa por encima de la cabeza, y mi viejo tenía unos hombros y unos brazos inmensos, pero tenía arterioesclerosis. Se mareaba.

—Eso ya es bastante malo por sí solo.

—Se mareaba tanto que tenía que agarrarse a la pared para no caerse. Luego, se sentaba y se sujetaba la cabeza con las manos. Yo decía: «Mira, papá, déjame hacerlo a mí. Puedo darle una capa al techo». Solía dejarme dar la capa gruesa en las paredes, pero sacudía la cabeza, se levantaba, recuperaba la estabilidad y decía: «más prrringue». Así es como lo llamaba: «prrringue». En una ocasión tuve que sujetarlo, se caía, se sentó y apoyó la cabeza entre las manos y tuve que darme la vuelta. Lloré. Bueno, yo tenía catorce o quince años, estaba llorando como un niño y no quería que me viera llorar.

—Debió de ser un hombre muy valiente, Eddie.

—Oigo decir a algunos tipos que tal boxeador tiene agallas. A veces, después de un combate, leo en los periódicos que algún boxeador tiene un montón de agallas. A veces lo escriben incluso de mí.

—Deberían.

—No me estoy metiendo con los periodistas. Lo agradezco.

—Sé que lo agradeces.

—Pero nadie parece comprenderlo y... no sé... me entristece un poco. ¿Sabes a qué me refiero? ¿Qué tiene de fabuloso lo que hace un boxeador? Es su oficio. Ni siquiera piensas en los puñetazos. Ni siquiera los sientes.

Ya sé, ya sé, pensaba yo, pero por favor no lo digas. Estás sopesando la ecuación entre el miedo y la valentía, diciéndome que no conoces al primero y, por tanto, no necesitas la segunda. Cuando trato de estirarme para entenderte, resulta que descubro más bien que tú te agachas para explicármelo.

—¿Qué hace un boxeador que se parezca a lo que hacía mi viejo? —preguntó—. A mi viejo nadie le dijo nunca que tenía agallas. Nadie le prestó jamás la menor atención, y estaba allí subido todos los días, peleando con esos mareos, y todo el tiempo estaba muriéndose.

Dejó de hablar, pero yo no dije nada. No se me ocurría nada que decir.

—Cuando pienso en mi viejo, pienso también en su carácter. A veces le pegaba unos gritos tan feos a mi madre que ella se echaba a llorar. Cuando yo era niño me gritaba y me pegaba con el cinturón. A veces, después de haberse desgañitado al máximo, nadie hablaba en los alrededores de nuestra casa durante un par de días. Seguramente no debería decirlo ahora, pero muchas veces yo le odiaba. Nunca nos llevamos del todo bien. Ahora me avergüenza decirlo.

—No deberías avergonzarte. Es absolutamente comprensible.

—Escriben sobre las agallas —dijo—. Mi viejo tenía agallas.

Cuando cruzamos el puente llegamos a esa circunvalación en la que la carretera de la derecha conduce hacia el norte, hasta West Point, y la que sale de frente lleva directamente hacia el oeste atravesando el parque nacional. Yo pensaba en la época en la que, hace unos cuantos años, el Fordham tenía un buen equipo de fútbol americano y jugaba contra el Army en el Michie Stadium. El Army anunciaba que todo el que quisiera acudir en coche al partido y quisiera ver el saque tenía que asegurarse de llegar a la circunvalación antes de la una y cuarto. Todas las páginas de deportes de Nueva York publicaban el anuncio en un recuadro o en los reportajes que hacían antes del partido y, en consecuencia, todo el mundo trataba de llegar a la circunvalación justamente a la una y cuarto. Se montaban unas caravanas de kilómetros de largo y a la policía le costaba un par de horas despejar el atasco.

—A veces creo que me gustaría vivir en algún lugar de por aquí —dijo Eddie—. Lo pienso un poco.

—Tienes una casa bonita —dije—, ¿qué harías aquí?

—No sé. Me gustaría, pero Helen no querría dejar Nueva York. A Helen le gusta Nueva York.

—¿De dónde es ella?

—De mi antiguo barrio. Nos conocimos de pequeños. Su viejo todavía tiene un bar por allí.

—¿Cuánto tiempo lleváis casados?

—¡Uy!, siete años.

—Después de haber estado en tu casa, diría que ha hecho un buen trabajo con ella.

—No me quejo. La tengo mucho mejor que mucha gente, pero es muy duro para ella.

—Debe de serlo. ¿Qué hace cuando estás fuera, como ahora, durante un mes?

—Viene su madre y se queda a pasar unos cuantos días en casa. Ella cuida al niño y eso le da a Helen la oportunidad de salir. Ve a amigas de toda la vida y supongo que salen a ver algún espectáculo, o de compras, o a comer. Es un descanso que pueda desentenderse del niño.

—Todos los niños son un problema.

—Nuestro niño es un problema, porque se supone que no podemos dejar que se excite demasiado. Es un niño inteligente y, además, tiene mucho carácter, pero se supone que no debemos pegarle, ni siquiera reprenderle demasiado.

—¿Quién dice eso?

—El médico.

—Vaya. ¿Le pasa algo?

—Es epiléptico.

—Lo siento. Lo siento mucho.

—Lo descubrimos hace más o menos un año. Yo regresaba del gimnasio una tarde y Helen estaba llorando. El niño había tenido una especie de rabieta, o algo parecido, y luego perdió el conocimiento directamente en el suelo de la cocina. Helen llamó al médico, que vino y le dio algo al niño. Después le hicieron unas pruebas y dijeron que el niño era epiléptico, así que tenemos que tomárnoslo con mucha calma con él.

—Estoy seguro de que se pondrá bien —dije intentando pensar cómo decirlo—. Se puede llevar una vida bastante normal.

—Eso es lo que dijo el médico.

—¿Recuerdas a Tony Lazzeri, el segunda base de los Yankees?

—Claro. Todos los italianos de mi barrio estaban como locos con él. «¡Dispárala, Tony!»

—Era epiléptico.

—¿Sí?

—Sí.

—¿De verdad?

—Seguro. No creo que lo supiera mucha gente, pero cuando Paul Krichell, el ojeador de los Yankees, estaba en el oeste examinando a Lazzeri llamó una noche a Ed Barrow, el director general de los Yankees. Creo que Lazzeri era propiedad de los Cubs y pedían por él 50.000 dólares. Krichell le contó por teléfono a Barrow el fantástico jugador que era Lazzeri y Barrow replicó: «¿Qué más?». Entonces, Krichell dijo: «Bueno, es epiléptico». Barrow se puso a gritar: «¿Cómo? ¿Quieres que pague 50.000 dólares por un epiléptico?». Y Krichell dijo: «Es epiléptico, pero nunca le dan los ataques entre la una y las cuatro de la tarde, que es cuando se juega al béisbol». Al final lo compraron.

—Era un jugador magnífico.

—Sin duda, y nunca le dio un ataque durante un partido. Una vez le dio uno en Florida durante unos entrenamientos en primavera y creo que quizá le dio otro en la tribuna del estadio de los Yankees, pero eso fue todo. Jugó estupendamente durante muchos años.

—Y la gente nunca supo que le pasara nada.

—Claro que no.

—¿Vive todavía?

—No, murió hace unos cuantos años.

—Es verdad. Creo que ahora lo recuerdo.

Nunca consigo comprender cómo funciona la mente. Estaba pensando en Lazzeri y en los reportajes de la prensa de la época, que contaban que lo habían encontrado en su casa de la Costa Oeste, muerto al pie de las escaleras. Entonces, no sé por qué, volví a pensar en la circunvalación y en el partido entre el Army y Fordham.

Eddie no decía nada en ese momento y yo veía descender la bruma sobre aquel día crudo de noviembre y oía el ruido que planea

sobre el estadio de principio a fin y a los jugadores en mitad del campo. El Fordham estaba invicto, pero también el Army, que quizá tuviera el mejor equipo del país. Ambos estaban tan motivados para seguir así, y con una multitud que jamás aflojaba, que al principio no sabían hacer más que sacudirse hasta que, al final, el Army lo descompuso todo con pases al final de la primera mitad. El Army se puso por delante hasta acabar ganándola por 35 a 0, pero la segunda mitad fue el partido de fútbol americano más bronco que se haya visto porque un jugador del Army salió del campo con la mitad inferior de la cara ensangrentada y otro fue dando tumbos hasta el banquillo como un boxeador al final de un mal asalto, y parte de los dos equipos fue expulsada por pelear y había jugadores del Fordham cubiertos de barro y tendidos boca arriba con espasmos por falta de respiración.

Después del partido hubo coroneles rondando tras las cabinas de prensa, intentando que alguien les hiciera caso y quejándose de los del Fordham, y gente del Fordham de toda la vida despotricando del Army hasta que, al final, todos acudimos al Bear Mountain Inn y nos quedamos en aquel bar en una sala revestida de madera de pino y lo pasamos maravillosamente.

—Después de esa primera parte, el Fordham no podría haber ganado salvo por KO —dijo alguien, creo que Tom Meany.

—Si Tim Cohane organizó este partido, entonces es el nuevo Mike Jacobs —dije yo.

—Si no viste el primer asalto entre Dempsey y Firpo no pasa nada, porque viste el segundo —dijo quizá Tom.

—Deberían haber cambiado al encargado del reloj eléctrico por un cronómetro de KO —dijo Jimmy Cannon—. ¿Qué os parece?

—No me interesan los combates al aire libre tan al final de la temporada —dijo Wilbur Wood.

Y ahí quedó todo.

Después pasamos al comedor, tomamos otra ronda y comimos unos cuantos filetes de Jack Martin y contamos historias y, al final, nos dividimos, salimos y cogimos el coche y volvimos conduciendo en medio de la neblina hasta Nueva York. Al día siguiente seguramente yo volvería a estar deprimido, escribiendo la columna del lunes y tratando de situarme en el centro de lo que había sucedido allí abajo, en el campo. Siempre es así. Fue así en la guerra. Solo quienes hicieron lo que hicieron pueden comprenderlo, y el resto de nosotros, que escribimos sobre ello, nunca formamos parte de aquello en realidad.

—Así que Tony Lazzeri también tenía eso —dijo Eddie.

—Sí —dije yo—. Lo tenía.